

JOSÉ LUIS ARCHILLA MARTÍN



Todos los años, por estas mismas fechas, pensamos en el retorno, en el reingreso, en el trauma postvacacional que nos produce la vuelta de las vacaciones –decía mi amigo, mientras consumíamos y degustábamos una fresquita y deliciosa cerveza en el chiringuito playero de turno–. ¡Pero qué suerte tenemos de poder retomar de nuevo nuestro trabajo apenas interrumpido!

–¡Qué gran verdad acabas de manifestar!–, intervino un señor de largo bigote que estaba a nuestro lado. Este año, iniciamos las vacaciones con la celebración televisiva de la Eurocopa. Nos inflaron, poco después, las narices con unos juegos Olímpicos gloriosos, donde la mayoría de los participantes, por no decir la totalidad, son personas con los bolsillos bien repletos, con multimillonarios contratos que les ligan a sus clubs, con poderosos ingresos publicitarios, con grandes marcas detrás de ellos. ¿Dónde quedan esos limpios Juegos Olímpicos? ¿Esos atletas no profesionalizados? ¿Esos dignos trabajadores? ¿Dónde ese deporte amateur? Mas la televisión –añadió sin que le hubiéramos dado permiso para inmiscuirse en nuestra conversación–, nos bombardea el día entero, desde el amanecer hasta bien entrada la noche, narrándonos las gestas gloriosas de esos héroes.

–¡Nos engañan! ¡Nos engañan una y mil veces!–, se anticipó el primero. En este país, por lo que escuchamos y vemos, no pasa nada en absoluto.

–Ya veo–, dije yo por fin, que no veía la manera de expresar una opinión. Todos celebran las pírricas medallas. Medallas que tanto alaban y ensalzan nuestros locutores ¡Cuántas caras nuevas asoman en la pantalla! Medallas de las que tan orgullosos se muestran nuestros dirigentes, nuestras autoridades, que aparecen una y otra vez tan sonrientes y felices, como si todo fuera felicidad y risa, como si todo fuera parabienes, como si con eso quisieran consolar al incauto y aborregado ciudadano, como si fuéramos un país sin problemas, un país semejante al de antaño, como si aquí no pasara nada, como si nuestro retorno de las vacaciones, si es que acaso hubo vacaciones para la inmensa mayoría, fuera feliz y con el temido trauma postvacacional.

–¡Llevas toda la razón!–, dijo el invitado voluntario y metomentodo. Luego escuchamos a nuestras autoridades haciendo magnas declaraciones de satisfacción: ¡Diecisiete medallas cuelgan del cuello de nuestros deportistas! ¡Diecisiete medallas! ¡El país colocado el número veintiuno en el medallero a nivel mundial!

–¿Pero, cuántos atletas formaron parte de nuestra delegación?–, intervino yo un tanto desconocedor de tanto dato e ignorante de lo que se estaba hablando. ¿Cuánto dinero nos costó su formación, su

puesta en escena, su traslado al Olimpo, su participación frustrante y sus pingües celebraciones? ¿A cuántos españolitos consolaron en sus desdichas y tragedias, en su falta de ingresos, en su carencia de alimentos para sus hijos, de unas vacaciones no disfrutadas, o, en el mejor de los casos, de unas vacaciones inexistentes y carentes de todo lo necesario? Es más –continué como si me hubieran dado cuerda–. ¿Cuántos de a pie, al regresar a su domicilio si es que pudieron salir, tendrán el puesto de trabajo que dejaron tan seguro? ¿Cuántos más ingresarán en las listas del paro o en unas largas listas

saben dar patadas a un balón mejor que tú, o han tenido la suerte de que alguien se haya fijado en ellos. Volverán a hincharnos de héroes de papel, héroes de aire, a llenarnos la cabeza de rivalidades, de intrigas extradeportivas, de incertidumbres artificiales; mientras tanto, el pobre ciudadano, el trabajador sin trabajo, el jornalero sin jornal, el padre de familia sin comida que llevar a una mesa, el esforzado estudiante sin ganas ni ilusión, el joven aspirante a un puesto de trabajo descorazonado, hundido y hasta ofendido no tendrán fuerzas para gritar: ¡Basta ya! ¡Basta de tanto oprobio! ¡Basta de tanta humillación! ¡Basta de tanto vendernos cultura barata! ¡Basta de tanta palabra hueca y sin sentido! ¡Basta de una vez!

Retorno vacacional ¿Ha existido realmente para la inmensa mayoría de los españoles? Más bien, en estos momentos, las vacaciones son eternas y perennes. Ya no existe regreso. ¿Cuán felices estaríamos si pudiéramos retornar como en otros tiempos? ¡Queremos trabajo! ¡Queremos que nos hablen de puestos de trabajo! ¡Ansiamos sentirnos poseídos por un gran trauma postvacacional! ¡Necesitamos respirar, pues nos asfixiamos!

Nos dirán que las carreteras se han llenado de turismo. Nos hablarán de la operación retorno, como nos están restregando por las narices la operación salida. Nos hablarán de los ingresos por turismo. Los hoteleros seguirán clamando por sus pérdidas, a pesar de tener los establecimientos a tope y con colas de espera, a pesar de haber subido los precios por aquello del IVA. Todos nos pondrán la cabeza gorda de sus fracasos y desatinos. ¡Es la suerte de la crisis! Mas el ciudadano sufridor ni les oír. ¡Siempre la misma canción pensar! Tenemos derecho a huir, a escapar de tanta intoxicación, a tomarnos una cerveza fresquita y reconfortante para combatir el

de espera? ¿Cuántos jóvenes, que han acabado su carrera o su máster, seguirán desesperanzados esperando un puesto de trabajo o una simple llamada de esperanza e ilusión?

Trauma postvacacional. Trauma ausente de vacaciones. Trauma traumatizante pleno de desesperación, donde los de siempre siguen llenando nuestras pantallas, ocupándolas con sus rostros sonrientes, hablando de no sé qué cosas, que la mayoría ya ni escuchamos, ni queremos oír, ni nos interesa; pero, eso sí, con rostros muy saludables, exigiéndonos más recortes, más esfuerzos, más sacrificios; mas, sólo a los maltrechos ciudadanos de a pie, a los abandonados por la diosa fortuna, a los desgraciados que ya no tenemos fuerzas para levantarnos, para dar un paso más adelante, para elevar nuestra cabeza con un poco de orgullo.

Y volverá el fútbol. Volverá la liga. Nos llenarán las pantallas de televisión con esos héroes millonarios, que no se sacian de exigir y ganar dinero porque

calor, ¿acaso no se la toman esos que tanto nos martirizan?, a soñar que un día, también, tengamos la oportunidad de viajar y disfrutar de un descanso merecido, no forzado, a visualizar que un día nos estará permitido trabajar, gozaremos de la fortuna de poder sufrir el trauma postvacacional después del gran retorno y a sentarte en una terraza en las fiestas de tu pueblo a tomar una tapa, posiblemente la comida o la cena del día, a disfrutar charlando de ciudadano a ciudadano, a soportar al entrometido que opina sin ser preguntado, a rechazar las palabrerías con las que nos atosigan, a volver a ser nosotros mismos.

¡Felicidades a los que podéis gozar del trauma postvacacional y de la llamada operación retorno! Mas ¡sed prudentes, la vida es lo primero y más importante!

Puede seguir al autor también en
www.joseluisarchilla.com

